

CUENTO

EL APRENDIZ

Primer premio

Lucía Rojo / Escuela de Danza

Yo, señor, apaciguo demonios. La gente los trae arrastrando por la cola, o les saltan de los ojos, o por el aliento, como lobos.

Uno piensa en alguien a quien ha visto otras veces, apacible, y ahora repentinamente colérico, resoplante, echando hilos de sangre. La belleza misma de sus rostros, cuando todavía no ha sido por completo devorada, se desploma, y caras que podrían contemplarse como a cristal de roca adquieren de pronto tintes espantables y ángulos de caballos atemorizados. Las mujeres más dulces, los adolescentes más tranquilos, los adultos todos llenos de buenas maneras se desdoblán, encorvados bajo el peso de fantasmas que nadie más advierte, y su queja, suave al principio, mortalmente herida y cada vez más doliente, levanta en vilo a los pájaros, marchita flores, devasta generaciones de insectos. . . hay campos enteros que se agostan. Nadie sabe en qué momento llegará la catástrofe: un simple roce, un rincón de piel, el sonido metálico de una hebilla, una palabra torpe y el monstruo levanta las orejas, fija la vista, afila las garras y se suelta. Un brillo de baba queda, como el reguero del caracol.

No hay escapatoria. La sangre golpetea como un brazo de mar enfurecido. Algunos empiezan a correr, otros se hunden en el pánico, otros se dejan conducir hasta el martirio en una violación feroz de todos los sentidos; su agonía es larga y duradera y marca con cicatrices que uno interpreta como pasos del tiempo. Pero en esta lesión no hay tiempo, el hecho se repite y se repite dentro de un mismo espasmo del cerebro.

Llego entonces. Hipócrita de ademanes depurados, de voz cálida que desprende una como aureola de plácido sonido entre el miedo navegable, comienzo por envolver al paciente. Ante un enfermo indeciso hago resonar el címbalo, de manera que las formas aparezcan y se produzca la crisis y ense-

guida el derrumbe, la quemazón, el aniquilamiento del rayo de luz concentrado en un punto preciso y álgido del escenario. Si, en cambio, el lastimado permanece debatiéndose en medio de sus fantasmas, lanzo el rugido sonoro del desierto y en un vuelco de cristales derivo la atención: hacia el mar, al horizonte, contra el sol mismo girando en el espacio. Como quien funde metales, la lava se desliza hipnotizada, cauterizando.

Aprendí todo esto de mí mismo, porque durante largos años he apacentado mis propios minotauros: aprendí a reconocerlos, a anticiparlos en sus piruetas de locos, a descubrir su escondrijo en los rincones más tenues de la inconsciencia, a detectarlos en el centro de la depresión. Porque he recorrido todos los matices de lo abyecto, sé cómo se comportan. Sé también que debo promover su salida sin tratar de reternerlos, y que una vez frente a ellos no es posible oponerse: provocho la avalancha que los lleve lejos, hacia su propio abismo. Pero hay que saber saltar de costado, justo a tiempo.

Ya no estás ahí, ya no te encuentro. ¿En dónde perdí la visión, la templanza, la posibilidad de calma? ¿Por qué ahora todo es negro como en combustión perpetua y sin llama?

Sé que mi técnica es más bien deficiente, como reconozco que toda solución parcial vuelve a chocar consigo misma. Pero si alguna región desconocida, iluminada desde adentro, aún no está perdida, sé además que será posible, en algún momento llegar hasta ella.

Yo señor, apaciguo demonios. Después no sé qué hacer con ellos, por eso los llevo a cuevas siempre, los de otros y los míos. Presiento cuándo vienen. Un vago olor a podredumbre me penetra y se expande en derredor. Hasta ahora sólo he aprendido eso. Los dioses todavía no me enseñan a exorcizarlos.
